



*Vista lateral izquierda, desde el altar mayor.*

que en ella se conservaban, recordaremos los cuadros de Morales, Jordán, Mengs y otros muchos pintores; las estatuas y figuras de Pascual de Mena, Becerra y Pereira, y, finalmente, el arca de plata de grandes dimensiones —el Santo Labrador era de aventajada estatura—, ejecutada en 1620 por el gremio de plateros de Madrid.

En resumen, a pesar de los dorados ornamentos rococó con los que se cubrió el interior del edificio en la primera mitad del siglo XVIII, pertenece esta obra, por su espaciosidad monumental y el dominio de la técnica, al número de las más sobresalientes producciones de todo el arte jesuítico, siendo el templo más grande que existe en Madrid.

Su arquitectura es muy superior a la de otras producciones del mismo arquitecto, entre las que recordamos la Iglesia de San Salvador en Madrid, con un innegable parecido exterior entre los dos templos, y la de San Juan Bautista de Toledo, inferior a nuestra Catedral por las dos desproporcionadas y absurdas torres que estropean su fachada.

Y después de repasar sucintamente la historia de esta joya arquitectónica, pasaremos al lamentable capítulo de las destrucciones que la barbarie realizó en la triste fecha del 19 de julio de 1936. Los incendios que a su gusto se extendieron por todo el ámbito de la Iglesia produjeron la destrucción total de las cubiertas, el derrumbamiento de